

XIII

A T H O M E

La carta que Renato puso en el buzón del correo de Saint-Cloud había llegado sin tropiezo á su destino la mañana misma en que debía consumarse el sacrificio de la pobre Rosalia. Susana la recibió con el resto de su correspondencia algunos minutos antes que su marido fuese, como de costumbre, á tomar el té, y comenzaba á leerla cuando la leal figura de Pablo entreabrió la puerta, gritándole con su voz alegre y sonora los buenos días, añadiéndole como alguna que otra vez: «Mi rosa amarilla.» Esta alusión al célebre romance de Alfredo de Musset, iba siempre acompañada de un beso, porque Musset representaba para Moraines la juventud y el amor con algo de calavera, y á la cándida fatuidad de este buen muchacho le agradaba tratar á Susana como amante y no como marido. Ella, resistiendo sus caricias, le dijo:

—Vamos, déjame leer la carta y prepara el té.

Segura como estaba de que Pablo jamás le preguntase cosa alguna relativa á la correspondencia, leyó, no una sola vez, la carta en cuestión, sino varias, gozándose en el fuego de las frases del poeta, doblándola en seguida y escondiéndola en el pecho. Mostraba al acercarse á la mesa del té y tomar su taza de fina porcelana, tal expresión de contento en su rostro, que Moraines, bromeando y ahuecando la voz, exclamó:

—Si yo fuese un marido celoso, creería, señora, que había usted recibido alguna carta de enamorado, según está usted de satisfecha... Y si vieras qué bien te sienta—añadió acariciándola de nuevo.

—Pues bien, caballero, ha acertado usted—contestó ella con maliciosa sonrisa. Constituye un divino placer para las mujeres contar con esta clase de sonrisas ciertas verdades que no creen aquellos á quienes se las cuentan, dándose de este modo la sensación de peligro que estremece los nervios.

—¿Y es guapo tu apasionado?—insistió Pablo, entregándose en lo que él juzgaba una broma.

—Muy guapo...

—¿Y se puede saber su nombre?

—Esa es mucha curiosidad; busca.

—No pienso en eso; sería larga tarea;—y

cambiando de tono repentinamente, agregó, con un sentimiento profundo: — ¡Qué cruel debe ser la desconfianza; esta idea me va á preocupar toda la mañana; pero haré que Desforges te vigile!

— Gracias á que no hay nadie presente— pensó Susana cuando se quedó sola. — Tiene la manía de decir estas cosas delante de gentes...

Pero la carta de Renato le había complacido tanto, que aplacó su cólera y alzó sus hombros con expresión de dulce piedad, sacando la carta del sitio en que la había colocado, leyéndola por tercera vez.

— Verdaderamente que no se parece á los demás...

Y cayó en una profunda melancolía, recordando la emoción y la juventud del poeta; pero aún no era tiempo para coger el fruto. Susana lanzó un suspiro; todos sus cálculos, sin embargo, se habían realizado, puesto que la carta estaba allí, á la cual no pensaba contestar, como tampoco á la segunda, que vendría seguramente. Pasaron uno, dos, tres días, y por completa que fuese su confianza en la pasión de Renato, empezó á temer cuando en la tarde del tercero le encontró en el ángulo de la calle de Murillo. Puso mucho cuidado en hacer como que no le había visto, y arregló dentro de su carruaje la fisonomía más melancólica,

los ojos más soñadores y una pureza de perfil para conmover á un tigre, por cuyo medio quedó transformado aquel coche confortable y elegante en una prisión celular arrastrando una víctima, víctima de su marido, víctima de su lujo, víctima de su amor, víctima de su virtud, y realmente no exageraba mucho al pasar por delante del joven, pálido y angustiado, queriendo robarle en aquel mismo carruaje y yendo, en vez de disfrutar este placer inmenso, á hacer visitas, si bien tranquila, respecto de aquella segunda carta que no tardaría en llegar, como, con efecto, sucedió; pero en un momento verdaderamente peligroso para recibirla. Con efecto, el poeta, inmediatamente después del encuentro llegó á su casa; presa de la fiebre escribió cuatro páginas, y para que Susana las tuviese cuanto antes y con mayor seguridad, las envió á eso de las cinco con un mozo, de modo que el ayuda de cámara la entregó á la señora cuando Desforges estaba presente, por ser la hora acostumbrada, y por cierto con su regalo correspondiente. Tan pronto como conoció la letra del sobre, Susana dijo para sí:

— A la menor señal de emoción, el Barón lo adivina todo...

Con gran esfuerzo para dominarse, cogió la carta como si no sospechara su proceden-

cia, la abrió y leyó rápidamente después de haberse fijado en la firma, levantándose por último para colocarla entre otras sobre aquel escritorio rodeado de hiedra.

—Me piden una limosna—exclamó—y en estos días son muy frecuentes las peticiones. ¿Y usted, Federico, cómo se arregla para esto?

—Pues es muy sencillo: la primera vez doy cincuenta pesetas, veinte á la segunda y nada á la tercera; verdad es que no creo en la caridad; los pobres no lo son por falta de dinero, sino por cuestión de carácter, y éste nadie lo cambia. La persona misma que pide á usted hoy habrá tenido en su mano la fortuna ó el bienestar, y aunque usted le formara un capital volvería á su situación. A mí me gusta dar; pero pensar que lo que se gasta de esta manera tiene utilidad alguna, eso ya sé yo que no, sino que con esos reclamos se hacen relaciones en la sociedad.

—Cállese usted, horroroso escéptico.

Y con esa fina ironía con que las mujeres, obligadas á mentir, se vengan de aquel que las obliga, añadió:

—Lo que es á usted no se le engaña fácilmente.

El Barón agradeció la lisonja de su amante; la vanidad hubiera desterrado toda sospecha en Desforges, caso de existir; pero no

existía, hasta el punto de no apercibirse de una verdadera crisis de agitación en que Susana se encontraba. Al fin marchóse él, y ella volvió á coger con deleite su carta, pensando que el Barón era excelente amigo, pero una carga demasiado pesada; á tal extremo de ingratitud le había conducido su pasión de quince días. La carta, por otra parte, contenía acentos tan conmovedores que la hicieron vacilar en su resolución de no contestarla tampoco, decidiéndose por último á esperar la tercera, aunque con angustia creciente y con la fortuna de que Desforges, aconsejado sin duda por Noiroi, no le pidiera entrevistas en toda la semana.

Sin embargo, bien comprendía que había de llegar un momento difícil, como era el de sostener sus relaciones con el Barón, que contribuía á su lujo, aceptando la idea de antemano sin repugnancia, como no la sentía engañando á Pablo. Su temor, en lo que se refiere á Renato, era el de que siguiese la máxima de Napoleón, de que «en amor, la única victoria es la retirada». Llegó la tercera carta, y su miedo ante aquellas líneas de verdadera desesperación, de despedida sin reproches, aumentó ante la idea de que el poeta tuviese realmente el propósito de poner fin á sus días, y poseída de esta emoción extraordina-

ria, creyó llegado el momento de poner en ejecución su acariciado proyecto de iniciar sus intimidades con Renato en la misma discreta y retirada mansión del escritor, y así, á las dos de la tarde llegaba á la entrada de la calle Coëtlogon.

Detúvose un minuto, admirada de aquel rincón provinciano de París, y adelantándose luego á casa de Renato, preguntó por él, y al penetrarse de que estaba, cobró los perdidos alientos para continuar adelante en su atrevida decisión. Llamó, apareció Francisca mostrándose estupefacta; pero al punto, recordando que la Rigaud había venido en cierta ocasión á buscar al poeta, se dirigió al cuarto de Renato, creyendo que la presente sería una visita por el estilo. Salió el joven, y al conocer á Susana, se quedó pálido como un cadáver; deslizóse ella por aquel corredor que las litografías de Rafett transformaban en un pequeño Museo Napoleónico, hasta el cuarto, y detrás Renato; cerróse la puerta y halláronse solos.

En ese estado de íntimo desarreglo que nos causan los sucesos inesperados que nos arrastran de la extremada angustia á la mayor alegría, la contemplaba en su elegante traje obscuro, y de pie.

—Pero ¿es usted?

Sus manos temblaban, y como las de Susana también, acabó de trastornarse. Al mirarse en esta habitación en que seguramente ninguna mujer antes de ella se había visto, su resolución de abandonarse era tan firme como pueden serlo todas las de esta clase; sólo un temor le preocupaba: ¿le agradaría? Bien comprendía ella que con un hombre como Renato todo serian dificultades, y esta ingenuidad la entusiasmaba, espantándola á la vez; pero contaba con la locura de los sentidos, que necesitaba despertar sin parecerlo. Hubo un minuto en que se olvidó á medias de su cálculo y de su papel, y dejó caer la cabeza sobre el pecho del poeta, balbuceando:

—He tenido mucho miedo con esa carta... he luchado hasta no poder más, y aquí estoy... ¿Qué va usted á pensar de mí?

Y él la estrechaba entre sus brazos; luego levantó aquella cabeza encantadora y acarició sus ojos, cuya mirada triste durante la última aparición en el coche, le había destrozado: después las mejillas cuyas líneas le encantaron siempre, y los labios de ambos se confundieron. Renato pensaba todo eso, y únicamente eso, de ella; ella encontraba su anhelado amor joven y espontáneo y vibrante. Y esta desdichada, tan experta y tan degradada, que hacía un juego de la pasión que

la movía, gozó un instante alegría divina; pero no más que un instante, pues la triste reflexión volvió á dominarla, haciéndola ver que todavía era pronto; apartóse del joven, y le dijo:

—Ya he visto á usted... y debo irme; no se acerque usted, Renato (jamás le llamó por su nombre).

—Susana, no tema usted... ¿Cuándo podremos disponer de ocasión semejante? No se vaya usted, se lo suplico; ¿querrá usted ser buena? Yo me retiraré... ocupará usted la butaca en que trabajo... y además, quítese usted el abrigo, deje usted el manguito y ese aire de visita...

Presa del más ardiente de los licores que acababa de beber, poniendo en acción sus palabras, se alejó obedeciendo; más tarde se acercó para obligarla á sentarse, le desabrochó su capa, tomó de sus manos las pieles, la despojó de su sombrero, y ella resignada y como cediendo, se sonreía tristemente; se ejecutaba el último acto de la comedia, la agonía de la madona.

—¡Qué felicidad la de este momento!—exclamaba él arrodillado, y pensando en cuánto le amaría aquella mujer tan pura, cuando lo olvidaba todo por él.

—Mi hermana ha salido para toda la tarde

y la esclava está en sus quehaceres... ¡Este es mi dominio, el asilo en que he vivido tanto! Todos sus rincones, todos sus objetos podrán ser testimonio de lo que sufría desde hace algunos días... Mis pobres libros y mis grabados abandonados por completo... la pluma con que escribí mis cartas sin tocar... y yo en ese mismo sitio, contando las horas indefinidamente; ¡qué semana! Pero, Dios mío, una pena que me permita usted la cuente, es una nueva dicha.

Y Susana le escuchaba con los ojos entornados, entregada á la música de estas palabras, aunque sin olvidarse de la representación. Todo la encantaba: la soledad, el aspecto de la habitación, hasta entonces nido del estudio y del retraimiento; pero más que nada, las pupilas de fuego, el modo de aproximarse de Renato. El camino de las confianzas era á propósito para llegar al fin sin perder el prestigio; por eso respondía:

—¿Y yo, no he sufrido? ¿A qué negarlo? Yo no quería leer las cartas... un día entero tuve la primera en el bolsillo sin abrirla y sin atreverme á romperla... leer equivalía á escuchar, y me había prometido no hacerlo... ¡Cuánto pedí á mi ángel guardián el olvido!... Mucho he luchado.

Este fué el último momento de la madona,

que alzó los ojos al cielo, que aquí era un techo en que el poeta había colocado unas cuantas muñecas japonesas. El ángel guardián volaba, volaba, y los ojos se posaron en Renato, diciéndole:

—Ya no hay remedio; pero ¿qué importa? Yo no sé más sino que amo demasiado y que no quiero ver á Renato desgraciado...

Sollozando convulsivamente, puso de nuevo su cabeza en el hombro del joven y éste sus labios donde antes. Como infantilmente, echóle los brazos al cuello, y los corazones quedaron en contacto. Vió ella la imagen del deleite en el rostro del poeta, levantóse para huir y huyó, pero esta vez hacia el ara de los sacrificios, donde se cumplieron por entero. Renato no se hallaba en situación de apreciar ciertos indicios que, apercibidos, le hubieran revelado la doblez de Susana con sólo fijarse en sus ropas, que por su finura se amoldaban tan exactamente como si esta mujer se hallara desnuda. No, no podía saber si era el ideal de Susana ó un juguete. Y después de todo, ¿no era realidad el placer gustado?

XIV

DÍAS FELICES

Cuando Susana se alejó de este silencioso asilo de la calle de Coëtlongon, cuya puerta abrió el mismo Renato para evitar las miradas condenatorias de Francisca, ya habían convenido ambos en las entrevistas sucesivas. La prudencia aconsejaba salir de allí como de la calle del Monte-Tabor, sin volverla cabeza; pero Susana la volvió y pudo ver al joven de pie detrás de la cortina, y hasta tal punto la conmovió su novela, que tuvo una sonrisa y se despidió con la mano, mientras él la contemplaba partir en el crepúsculo desde el fondo de aquella habitación testigo de su triunfo, porque todos los sucesos realizaron el cálculo formado, y se regocijaba del éxito mientras tomaba un coche esquina de la calle de Assas, y la dejaba en los almacenes del Bon-Marché, donde debía aguardarla el suyo propio. Los detalles, antes tan odiosos y difíciles, para encontrarse, eran ya fáciles y deliciosos. Después de la hora del abandono y entre